VOTAMOS NOSOTRAS/OS. ¿QUIÉN MANDA?

Una casa, un barrio y el derecho a quedarse

Evaristo Villar

Ante las elecciones del 29-N, la Comunidad Cristiana de Santo Tomás de Aquino reunió el día 13 del presente mes a Rufina Parriva, Carlos Sánchez Mato y Manolo Monereo para hablar de vivienda, desigualdad y poder. La conversación empezó en un piso de Leganés y acabó preguntándose cómo se organiza una sociedad para cambiar las cosas.

Cuando el propietario le dijo a Rufina Parriva que tenía un mes para marcharse, su familia llevaba cerca de diez años en aquel piso de Leganés. Sus hijos habían crecido en el barrio. Allí estaban sus amigos, las vecinas y esa familia que se hace con el tiempo cuando la de origen queda al otro lado del océano. Según cuenta, el contrato les daba hasta mayo del año siguiente. La presión acabó por hacerles la vida tan difícil que decidieron salir al vencer el plazo. Hoy vive en un bajo de treinta metros cuadrados. Tiene, dice con humor, una ventaja: desde allí puede acudir a todas las asambleas.

La Comunidad Cristiana de Santo Tomás de Aquino, de origen universitario y con una larga trayectoria en los movimientos sociales y cristianos de base, convocó la mesa ante las elecciones de finales de mes. Le preocupan la desigualdad creciente, la polarización, el negacionismo climático, el desprecio hacia las instituciones y el rechazo a las personas migrantes. También le pesa el silencio de buena parte de la jerarquía católica ante estas situaciones. La pregunta que llevó a la mesa fue esta: ¿Qué políticas necesita el país si se mira desde quienes soportan primero las consecuencias de cada recorte, cada subida y cada derecho que se queda en el papel?

El mercado también llama al timbre

Rufina, militante de base y portavoz del Sindicato de Inquilinas/os de Madrid, contó que llegó al sindicato después de haber pasado por el agotamiento y la impresión de que su caso era un problema exclusivamente suyo. Allí escuchó historias parecidas, algunas mucho más duras, y encontró una forma de actuar. En su relato, perder la casa significa también alejarse de la gente a la que puedes llamar cuando tienes un problema. Ese coste rara vez figura en el anuncio del siguiente alquiler.

Carlos Sánchez Mato, profesor de Economía, militante de base y antiguo responsable de las finanzas municipales de Madrid, llevó la discusión al terreno de su oficio. Si el acceso a la vivienda depende de la oferta, la demanda y el dinero disponible, el mercado puede funcionar estupendamente

para quien cobra el alquiler mientras una familia se queda en la calle. Lo mismo, continuó diciendo, cabe preguntarse sobre la energía y los alimentos. Su compromiso político, explicó, nace de su fe y de la experiencia sindical que conoció en las parroquias obreras de Aluche al final de la dictadura.

Una pregunta del público sobre el artículo 47 de la Constitución llevó el asunto a las propuestas. Sánchez Mato defendió que la vivienda se convierta en un derecho exigible y sostuvo que se puede avanzar también mucho con la legislación actual. Planteó contratos indefinidos y un alquiler limitado al 25 % de los ingresos del hogar. Para aprobarlo, añadió, hacen falta una mayoría parlamentaria y una ciudadanía movilizada. El porcentaje cabe en una línea. Pero, reunir los votos y sostener la medida ocupa bastante más.

¿Quién decide lo que se puede hacer?

«¿Cómo mandan los que no se presentan a las elecciones?» .**Manolo Monereo**, ensayista y analista político, situó la discusión en el reparto del poder. Lanzó la pregunta y dejó sobre la mesa un asunto que rara vez cabe en los debates televisados. Entre la última encuesta, el candidato que interrumpe y el minuto de oro, suele faltar tiempo para averiguar quién tiene realmente las manos sobre las decisiones.

A su juicio, la capacidad de decisión democrática se estrecha cuando el poder económico condiciona la información, las prioridades públicas y el margen de los gobiernos. Puso como ejemplo el trato favorable al gasto militar en las reglas presupuestarias europeas. En materia de austeridad, vino a decir, también importa a qué puerta se llama.

En el diálogo surgió la desigualdad patrimonial y la conveniencia de incorporar la justicia al propio funcionamiento de la economía. Monereo defendió un Estado capaz de orientar el modelo productivo desde el principio y sostuvo que una reforma constitucional de calado exige una fuerza social organizada que la impulse. Sánchez Mato aportó un ejemplo de su paso por el Ayuntamiento de Madrid. Según contó, su equipo consiguió reducir la deuda y aumentar el gasto social pese a quienes daban por inviable la reforma fiscal. Las dos intervenciones dejaban una cuestión concreta sobre la mesa: cuánto margen tiene quien gobierna y con qué apoyos cuenta cuando decide utilizarlo.

El arte de escuchar antes de convocar una huelga

Rufina describió el trabajo de barrio con una fórmula que quizá tendría poco éxito en una tertulia televisiva: escuchar el 70 % del tiempo y hablar el 30 %. Preguntar cómo está la otra persona, averiguar qué le preocupa y pensar

con ella qué se puede hacer. Así explicó parte del trabajo que precedió a las movilizaciones por la vivienda. Una huelga dura un día. Conseguir que personas que apenas se conocen se organicen para sostenerla lleva bastante más.

El caso de Mary Carmen mostró cómo se amplía una lucha. Con respaldo jurídico y vecinal, ella tomó la palabra y dirigió la defensa de su casa. Tras el desahucio vinieron las concentraciones, una manifestación y una acampada. Sánchez Mato destacó la cooperación entre el Sindicato de Inquilinas/os, capaz de movilizar a los barrios, y los sindicatos laborales, con capacidad de actuar en los centros de trabajo. Recordó que en Aluche, su barrio, se reunieron, según su recuento, unas 1.500 personas en un piquete matinal. Él mismo había llegado a la huelga con más incertidumbre que certezas.

Pilar, una de las asistentes, preguntó cómo se aprende a construir esa fuerza desde abajo. Monereo, que recordó la influencia de la teología de la liberación en su trayectoria, recurrió a Enrique Dussel y propuso comunidades de **memoria, formación y acción**. Habló de recuperar las luchas anteriores, leer y discutir juntos y sostener la acción colectiva. Para una comunidad cristiana de base, eso incluye volver a la experiencia de Jesús y preguntarse qué puede aportar hoy a quienes ya se están organizando.

Al final quedaba la imagen de Mary Carmen, que perdió su casa y consiguió que mucha gente reconociera su propio problema en el de ella. Rufina contó que algunas personas veían en aquella mujer a su madre, a su abuela o a sí mismas dentro de unos años.

La mesa se había convocado para hablar de elecciones. Una de sus lecciones llegó de una inquilina que, al defender su casa, consiguió que el país prestara atención a lo que estaba ocurríendo en su escalera.